

impío, el deudo con el deudo, hermano con hermano, el hijo con el padre; y finalmente, lo que á mi parecer es más atroz, un cristiano con un hombre; y ¿qué sería (dígolo por la mayor de las atrocidades) si fuese un cristiano con otro cristiano? Pero ¡oh, ceguedad de nuestro entendimiento! ¡que en lugar de abominar esto, haya quién lo aplauda, quién con alabanzas lo ensalce, quién la cosa más abominable del mundo la llame santa, y avivando el enojo de los príncipes, cebe el fuego hasta que suba al cielo la llama!»

Virgilio conoció que nada bueno había en la guerra, y que todos debíamos pedir á Dios la duración de la paz. Por esto escribió: *Nulla salus bello, pacem te poscimus omnes.*

De todo esto debéis inferir cuán gran mal es la guerra; cuán justas son las razones que militan para excusarla, y que el buen ciudadano sólo debe tomar las armas cuando se interese el bien común de la patria.

Sólo en este caso se debe empuñar la espada y embrazar el broquel, y no en otros, por más lisonjeros que sean los fines que se propongan los comuneros, pues dichos fines son muy contingentes y aventurados, y las desgracias consecutivas á los principios y á los medios son siempre ciertas, funestas y generalmente perniciosas... Pero apartemos la pluma de un asunto tan odioso por su naturaleza, y no querramos manchar las páginas

de mi historia con los recuerdos de una época teñida con sangre americana.

Después de realizados mis bienes y radicado en México, traté de ponerme en cura, y los médicos dijeron que mi enfermedad era incurable. Todos convenían en el mismo fallo, y hubo pedante que para desengañarme de toda esperanza apoyó su aforismo en la vejez, diciéndome en latín que los muchos años son una enfermedad muy grave, *Senectus ipsa est morbus.*

Yo, que sabía muy bien que era mortal, y que ya había vivido mucho, no me dilaté en creerlos. Quise que no quise, me conformé con la sentencia de los médicos, conociendo que el conformarse con la voluntad de Dios á veces es trampa legal, pues querramos que no querramos se ha de cumplir en nosotros; hice, como suelen decir, de la necesidad virtud, y ya sólo traté de conservar mi poca salud paliativamente, pero sin esperanza de restablecerla del todo.

En este tiempo me visitaban mis amigos, y por una casualidad tuve otro nuevo, que fué un tal Lizardi, padrino de Carlos para su confirmación, escritor desgraciado en vuestra patria, y conocido del público con el epíteto con que se distinguió cuando escribió en estos amargos tiempos, y fué el de *Pensador Mexicano.*

En el tiempo que llevo de conocerlo y tratarlo he advertido en él poca instrucción, menos talento, y últi-

mamente ningún mérito (hablo con mi acostumbrada ingenuidad); pero en cambio de estas faltas, sé que no es embustero, falso, adulator ni hipócrita. Me consta que no se tiene ni por sabio ni por virtuoso; conoce sus faltas, las advierte, las confiesa y las detesta. Aunque es hombre, sabe que lo es; que tiene mil defectos; que está lleno de ignorancia y amor propio; que mil veces no advierte aquélla porque éste lo ciega, y últimamente, alabando sus producciones algunos sabios en mi presencia y en la suya, le he oído decir mil veces:—Señores, no se engañen; no soy sabio, instruido ni erudito; sé cuánto se necesita para desempeñar estos títulos; mis producciones os deslumbran, leídas á la primera vez; pero todas ellas no son más que oropel. Yo mismo me avergüenzo de ver impresos errores que no advertí al tiempo de escribirlos. La facilidad con que escribo no prueba acierto. Escribo mil veces en medio de la distracción de mi familia y de mis amigos; pero esto no justifica mis errores, pues debía escribir con sosiego y sujetar mis escritos á la lima, ó no escribir, siguiendo el ejemplo de Virgilio ó el consejo de Horacio; pero después que he escrito de este modo, y después de que conozco por mi natural inclinación que no tengo paciencia para leer mucho, para escribir, borrar, enmendar ni consultar despacio mis escritos, confieso que no hago como debo, y creo firmemente que me disculparán los

sabios, atribuyendo á calor de mi fantasía la precipitación siempre culpable de mi pluma. Me acuerdo del juicio de los sabios, porque del de los necios no hago caso.

Al escuchar al Pensador tales expresiones, lo marqué por mi amigo, y conociendo que era hombre de bien, y que si alguna vez erraba, era más por un entendimiento perturbado que por una depravada voluntad, lo numeré entre mis verdaderos amigos, y él se granjeó de tal modo mi afecto, que lo hice dueño de mis más escondidas confianzas, y tanto nos hemos amado que puedo decir que soy uno mismo con el Pensador y él conmigo.

Un día de estos, en que ya estoy demasadamente enfermo y en que apenas puedo escribir los sucesos de mi vida, vino á visitarme, y estando sentada mi esposa en la orilla de mi cama y vosotros alrededor de ella, advirtiéndome fatigado de mis dolencias, y que no podía escribir más, le dije:—Toma esos cuadernos para que mis hijos se aprovechen de ellos después de mis días.

En ese instante dejé á mi amigo el Pensador mis comunicados y estos cuadernos, para que los corrija y anote, pues me hallo muy enfermo...

NOTAS DEL PENSADOR

Hasta aquí escribió mi buen amigo don Pedro Sarmiento, á quien amé como á mí mismo, y lo asistí en su enfermedad hasta su muerte con el mayor cariño.

Hizo llamar al escribano y otorgó su testamento con las formalidades de estilo. En él declaró tener cincuenta mil pesos en reales efectivos, puestos á réditos seguros en poder del conde de San Telmo, según constaba del documento que manifestó certificado por escribano y debía obrar cosido con el testamento original, y seguía:

»It. Declaro que es mi voluntad, que pagadas del quinto de mis bienes las mandas forzosas y mi funeral, se distribuya lo sobrante en favor de pobres decentes, hombres de bien y casados, de este modo: si sobran nueve mil y pico de pesos, se socorrerán á nueve pobres de los dichos, que manifiesten al albacea que queda nombrado certificación del cura de su parroquia, en que

conste son hombres de conducta arreglada, legítimos pobres, con familias pobres que sostener, con algún ejercicio ó habilidad, no tontos ni inútiles, y á más de esto, con fianza de un sujeto abonado que asegure con sus bienes responder por mil pesos, que se le entregarán para que los gire y busque su vida con ellos; bien entendido de que el fiador será responsable á dicha cantidad, siempre que se le pruebe que su ahijado la ha malversado; pero si se perdiere por suerte del comercio, robo, quemazón ó cosa semejante, quedarán libres de responsabilidades así el fiador como el agraciado.

»Declaro: que aunque pudiera con nueve mil pesos hacer limosna á veinte, treinta, ciento ó mil pobres, dándoles á cada uno una friolera, como suele hacerse, no lo he determinado, porque considero que éstos no son socorros verdaderos, y sí lo serán en el modo que digo; pues es mi voluntad, que después que los socorridos hagan su negocio y aseguren su subsistencia, devuelvan los mil pesos para que se socorran otros pobres.

»Declaro también: que aunque pudiera dejar limosnas á viudas y á doncellas, no lo hago, porque á éstas siempre les dejan los más de los ricos, y no son las primeras necesitadas, sino los pobres hombres de bien, de quienes jamás ó rara vez se acuerdan en los testamentos, creyendo, y mal, que con ser hombres tienen una mina abundante para sostener sus familias.»

De este modo fueron sus disposiciones testamentarias. Concluídas, se trató de administrarle los santos sacramentos de la Eucaristía y Extremaunción. Le dió el Viático su muy útil y verdadero amigo el padre Pelayo. Asistieron á la función sus amigos don Tadeo, don Jacobo, Anselmo, Andrés, yo y otros muchos. La música y la solemnidad que acompañó este acto religioso infundía un respetuoso regocijo, que se aumentó en todos los asistentes al ver la ternura y devoción con que mi amigo recibió el Cuerpo del Señor Sacramentado.

El perdón que á todos nos pidió de sus escándalos y extravíos, la exhortación que nos hizo y la unción que derramaba en sus palabras, arrancó las lágrimas de nuestros ojos, dejándonos llenos de edificación y de consuelo.

Pasados estos dulces transportes de su alma, se recogió, dió gracias, y á las dos horas hizo que entraran á su recámara su mujer y sus hijos.

Sentado yo á la cabecera, y rodeada la cama de su familia, les dijo con la mayor tranquilidad:

«— Esposa mía, hijos míos, no dudaréis que siempre os he amado, y que mis desvelos se han consagrado constantemente á vuestra verdadera felicidad. Ya es tiempo que me aparte de vosotros para no vernos hasta el último día de los siglos. El Autor de la naturaleza

llama ya á las puertas de mi vida: Él me la dió cuando quiso y cuando quiere cumple la naturaleza su término. No soy árbitro de mi existencia; conozco que mi muerte se acerca, y muero muy conforme y resignado en la divina voluntad. Excusad el exceso de vuestro sentimiento. Bien que sintáis la falta de mi vista, como pedazos que habéis sido de mi corazón, deberéis moderar vuestra aflicción, considerando que soy mortal y que tarde ó temprano mi espíritu debía desprenderse de la masa corruptible de mi cuerpo.

»Advertid que mi Dueño y el Dueño de mi vida es el que me la quita, porque la naturaleza es inmutable en cumplir con los preceptos de su autor. Consolaos con esta cierta consideración, y decid: el Señor me dió un esposo, el Señor nos dió un padre, El nos lo quita, pues sea bendito el nombre del Señor. Con esta resignación se consolaba el humilde Job en el extremo de sus amarguísimos trabajos.

»Estos pensamientos no inspiran el dolor ni la tristeza; sino antes unos consuelos y regocijos sólidos, que se fundan no menos que en la palabra de Dios y en las máximas de la sagrada religión que profesamos. Quédese la desesperación para el impío, y para el incrédulo la duda de nuestra futura existencia, mientras que el católico, arrepentido y bien dispuesto, confía con mucho fundamento que Dios, en cumplimiento de su palabra, le

tiene perdonados sus delitos, y sus deudos con la misma seguridad piadosamente creen que no ha muerto, sino que ha pasado á mejor vida.

»Conque no lloréis, pedazos míos, no lloréis. Dios os queda para favoreceros y ampararos, y si cumplís sus divinos preceptos y confiáis en su altísima Providencia, estad seguros de que nada, nada os faltará para ser felices en esta y en la otra vida.

»Procurad, sí, manejaros en la presente con juicio y honor en cualquiera que sea el estado que abrazareis. Tú, Margarita, si pasares á segundas nupcias, lo que no te impido, trata de conocer el carácter de tu esposo, antes de que sea tu marido, pues hay muchos Periquillos en el mundo, aunque no todos conocen y detestan sus vicios como yo. Una vez conocido por hombre de bien y de virtud, y con la aprobación de mis amigos, únete con él enhorabuena; pero procura siempre captarle la voluntad, alabándole sus virtudes y disimulándole sus defectos. Jamás te opongas á su gusto con altanería, y mucho menos en las cosas que te mandare justas; no disipes en modas, paseos ni extravagancias lo que te dejo para que vivas; no tomes por modelo de tu conducta á las mujeres vanas, soberbias y locas; imita á las prudentes y virtuosas. Aunque mis hijos ya son grandes, si tuvieses otros, no prefieras en cariño á ninguno; trátalos á todos igualmente, pues todos son tus hijos, y de

este modo enseñarás á tu marido á portarse bien con los míos; los harás á todos hermanos, y evitarás las envidias que suscita en estos casos la preferencia; sé económica, y no desperdicies en bureos lo que te dejo ni lo que tu marido adquiriera; sábetete que no es tan fácil ganar mil pesos, como decir tuve mil pesos; pero decir tuve en medio de la miseria es sobremanera doloroso: Últimamente, hija mía, haz por no olvidar las máximas que te he inspirado; huye la maldita pasión de los celos, que lejos de ser útil es perniciosa á las infelices mujeres, y la total y última causa de su ruina; aunque tu marido, por desgracia, tenga un extravío, disimúlaselo, y entonces hazle más cariño y más aprecio, que yo te aseguro que él conocerá que tu mérito se aventaja al de las prostitutas que adora y al fin se reducirá, te pedirá perdón y te amará con doble extremo.

»A vosotros, hijos de mi corazón, ¿qué puedo decir? Que seáis humildes, atentos, afables, benéficos, corteses, honrados, veraces, sencillos, juiciosos y enteramente hombres de bien. Os dejo escrita mi vida para que veáis dónde se estrella, por lo común, la juventud incauta; para que sepáis dónde están los precipicios para huirlos, y para que, conociendo cuál es la virtud y cuántos los dulces frutos que promete, la profeséis y la sigáis desde vuestros primeros años.

»Por tanto, amad y honrad á Dios y observad sus